

Trinchera (fragmento)

Trench

Marco Baliani

Actor y dramaturgo. Italia
marcobaliani.it@gmail.com

Traducción recibida el 24/03/2018 y publicada el 15/07/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Los pasados 5 y 6 de octubre de 2017, con ocasión del 150 aniversario del nacimiento del dramaturgo Luigi Pirandello, el Instituto Italiano di Cultura di Madrid auspició en el Teatro Fernando de Rojas del Círculo de Bellas Artes la representación del espectáculo *Trinchera*, última obra hasta la fecha del actor y dramaturgo piamontés Marco Baliani (Verbania, 1950).

Considerado como una de las figuras clave del denominado “teatro di narrazione” italiano desde que sorprendiera en 1989 con su todavía vigente *Kohlhaas* (obra fundacional del movimiento que puede disfrutarse también en castellano desde hace unos años gracias al impresionante trabajo del actor Riccardo Rigamonti), con *Trinchera* Marco Baliani se pone en la piel de un soldado anónimo abocado a un constante diálogo consigo mismo en medio de la traumática soledad de una trinchera de la Primera Guerra Mundial. El desgarrador monólogo del personaje, enfrentado a la extrema lucha por la propia supervivencia en medio del sinsentido de la guerra, se presenta ante el espectador, como es habitual en el teatro narrado italiano, en un escenario totalmente vacío en el que el actor teje la historia a partir del único recurso a su voz y sus movimientos. Una estupenda ocasión, en definitiva, para conocer en primera persona una de las voces más relevantes del panorama teatral italiano actual.

Queremos agradecer al Instituto Italiano di Cultura di Madrid, así como a la traductora Beatriz Castellary y al propio Marco Baliani, el permiso para la publicación del fragmento final del espectáculo.

Al fondo aparece una silueta neutra oscura, se suceden imágenes de máscaras antigás en secuencia, mezcladas con una niebla humosa. El soldado lleva una máscara, coge una pala de campo y empieza a golpear a intervalos violentamente hacia abajo

Hay que golpear con un golpe seco, fuerte, en la nuca, como se hace con los conejos, yo sé cómo se hace, requiere precisión, es suficiente con una laya, un palo o incluso con una granada usada como maza, con tal de no desperdiciar balas, no es difícil, las cabezas están bastante quietas, el gas les ha quemado los pulmones. Al principio forcejean, se contuercen pero luego llega la agonía y están casi inmóviles, entonces empieza nuestro trabajo, están los que después de haberlos golpeado les hurgan en los bolsillos, en las cartucheras, se hacen con el botín, yo no, yo mato por compasión, así no sufren más, en sus ojos hay casi una súplica, es como si me dijeran... hazlo deprisa... y yo lo hago, les regalo una muerte rápida y segura.

El soldado se quita la máscara, mira al horizonte y habla al soldado muerto

Mira, la llanura está llena de cadáveres, piernas, brazos, mira cuántas manos, solitarias, los uniformes se han pegado a la carne, ya no se sabe siquiera a qué ejército pertenecen, cuando te ves reducido a esto puedes ser de cualquier nacionalidad, ¿no? Mira, a aquel las tripas se le han salido del vientre, parecen enormes lombrices, ese a su lado en cambio está intacto, sin señal de heridas, parece casi sereno, como las estatuas de los santos en la iglesia.



Allí abajo en cambio, a aquellos dos los han pillado en plena carrera, están ahí aún con los brazos abiertos en cruz, hacia atrás, ese de ahí delante, en cambio, sobresale del terreno con el pecho fuera, debe de haberse resistido a la muerte todo lo que ha podido, los ojos se le han entrecerrado como si quisiera entender mejor lo que le ha pasado.

Cuando todo acabe, vendrán de excursión a este camposanto, a hacer acampada, tomarán asiento en las mesas de la posada “Al soldado valeroso” con menú a precio fijo y brindarán por los héroes y cantarán y reirán y, en definitiva, seguirán viviendo.

Cada uno de estos muertos tenía un nombre y también una historia, pero ahora están aquí, en esta tierra de nadie, y nadie se ocupará de ellos. Tú también, y yo, no somos nadie, nos hemos convertido solo en números, para saber quiénes somos tendrán que mirar nuestro número en la chapa de reconocimiento. ¿Y tú, tú quién eres? Aún no nos hemos presentado, dónde tienes tu chapa,... a ver, (*hurga en su chaqueta*) pero no está, la has perdido, entonces bienvenido al gran reino del soldado desconocido... (*Saca un papel amarillento*) y ¿esto qué es...? ¿Puedo? (*lee con dificultad, la escritura se ha borrado*)

Papá está orgulloso de... en casa todos te... aquí está tu querida madre que reza siempre por ti... Pobre mujer, tiene que haber rezado mal, quizás no se ha hecho oír lo suficiente allá arriba en el cielo. Pero ¿por qué me miras así, como si fuera culpable de algo? Yo no tengo culpa, aquí ninguno tiene ya ninguna culpa, el quinto mandamiento se ha ido a tomar por culo. Te acuerdas del capellán cuando nos incitaba, en nombre de Dios, a matar a los enemigos de la patria, enemigos, casi son hijos del mismo Dios, él se queda ahí en el cielo a recoger los tedeum que le llegan allí arriba de una y de la otra parte del frente. ¿Pero qué Dios Padre es? Se lo pregunté al capellán, me miró mal, el mal no viene de Dios sino de los hombres, me dijo. Entonces, ¿Dios no tiene ningún poder? Suspiró y me dijo que los planes de Dios son inescrutables, pero este es un razonamiento de sargento, es lo que dicen siempre los comandantes “tú soldado no puedes entender nuestros planes, obedece y basta, ~~ves~~ **ve** al asalto y muere”. Si nos ha hecho verdaderamente a su imagen y semejanza este Dios se parece más a los generales que a nosotros, muertos de hambre. Pero venga, el cielo está vacío, vacío como un cadáver descarnado. El cielo está completamente ocupado por las granadas, no hay sitio para ningún Dios.

El soldado se tumba al lado del muerto

Sin embargo, las estrellas, allá arriba siguen brillando ¡mira! Ah ya, tú ya no puedes ver... Esto es lo que me disgusta, sabes, que las estrellas seguirán brillando incluso sin mí, se quedan allá arriba, inmóviles, indiferentes y no hacen ruido.

El soldado está encogido en el suelo en sueño-muerte, su sombra se empieza a mover, fluctúa sobre las paredes y se aleja hasta desaparecer.



Una mariposa negra, manchada de rojo empieza a revolotear sobre las alambradas, la tengo que matar, es una orden, pongo el dedo sobre el gatillo, trato de situarla en la mira de la ametralladora, en ese instante me doy cuenta de que esa mariposa es mi corazón. Llamo al sargento y se lo explico, “¡Es una orden!” Me grita, “¡Es una orden, mátala o serás fusilado!” Entonces cierro los ojos llorando y empiezo a descargar una ristra tras otra para matar mi corazón, pero la mariposa sigue volando, llega un general, extrae de una pistolera hecha de piel humana un revólver todo de oro, apunta, y mata mi corazón.

El soldado se levanta dirigiéndose al muerto.

Han vuelto a empezar con la música, bombardean, solo que los disparos llegan ahora de nuestra retaguardia. Es nuestra artillería, fuego de preparación se llama, sabes lo que quiero decir ¿verdad? que dentro de un momento nos mandarían al asalto, terminaré yo también allí en medio de los otros. Y entonces quiero darte al menos una verdadera sepultura. Vamos.

El soldado arrastra con cuidado el muerto y lo mete en el agujero.

Que los gusanos y el tiempo cuiden de ti.

Cierra la trampilla, mientras a su espalda la escena cambia.

Enemigo se ha vuelto el aire, enemiga la luz de la luna, enemiga la nieve que invade los cuerpos, enemigas las estrellas, enemigo el bosque que esconde las emboscadas, enemiga la luz de una bombilla, enemigo un cigarrillo encendido en la oscuridad, enemigo el viento que alza la niebla y enemiga la niebla que desorienta y dispersa, enemigo se ha hecho el mundo todo y nosotros, a nosotros mismos, enemigos.

El soldado empieza a desnudarse lentamente

General, le quiero decir algo desde lo más profundo del corazón. A mí me la trae floja la patria, me la trae floja el honor, yo solo quiero vivir, es algo tan fácil de entender. Quedaos para vosotros esos ideales por los que decís que vale la pena morir, yo no sé qué hacer con ellos cuando esté muerto.

General, ¿de verdad cree que todos estos millares de seres humanos que habéis mandado a la masacre en asaltos inútiles, han muerto pensando que era hermoso morir por la patria?, ¿que han muerto gritando que era mejor morir que el deshonor?

No, sabe que no ha sido así, han muerto gritando que querían vivir, han muerto maldiciéndoos a vosotros y vuestra guerra, han muerto inútilmente, por conquistar algún metro más de tierra, por vuestras medallas al mérito, por vuestras charlas sobre la patria.

La patria, general, es solo un comité de accionistas, una forma de propiedad empresarial.

Al final de la guerra los dividendos serán para vosotros, para los políticos, para los industriales, las ganancias le tocan siempre al patrón. Y los animales, los que queden vivos, volverán a su sitio tras un arado o un torno.

Y recuerde, General, el hombre que escapa mantiene sobre el cadáver más glorioso la inestimable ventaja de poder aún correr.

El soldado ya medio desnudo, entra en una trampilla hasta ahora nunca abierta. Durante el texto, el soldado se venda y poco a poco maquillándose estropea su rostro. Sobre el fondo se amontonan fragmentos de rostros desfigurados por las heridas de guerra.

Aquí dentro todo es blanco, debe ser este el color del infierno. De una sala a la otra de la enfermería se oye gritar, los mismos lamentos que llegan de los campos por la noche tras un asalto, gente abandonada que pide ayuda.

Los que sienten llegar a la muerte se agitan en sus camillas, imprecán, insultan a Dios, le mandan que intervenga si de verdad es tan poderoso.

Se deslizan imágenes sobre el fondo

Qué harán las novias o las mujeres cuando volvamos a casa, gritarán al vernos así, gritarán ellas en lugar de nosotros, que no tendremos ya ni siquiera la boca para gritar.

Acérquense señoras y señores, venid a ver, al lado de la mujer sirena y el hombre cocodrilo, podréis ver al soldado con la cabeza por la mitad, mirad qué surco, miradlo de cerca, os lo había dicho que era un espectáculo para estómagos fuertes, pero el precio de la entrada vale la visita, ¿o no?

El soldado va a contraluz, se proyecta el fragmento de una película donde un soldado es extraído de un agujero de cal cubierto completamente de blanco. Ralentí, el blanco de la imagen se extiende e invade la escena. La escena vuelve a estar desnuda y descarnada sin más proyecciones, el soldado vuelve a emerger con dificultad, arrastrándose sobre dos muletas. A trechos las palabras se deshilachan y un temblor se extiende por el cuerpo

Armida querida:

Te tengo que confesar una cosa que no me deja dormir por la noche. Hace más de un mes, en un asalto, el enemigo vino cuerpo a cuerpo contra nosotros, en la trifulca vi a uno que venía hacia mí con la bayoneta alzada, yo entonces fui contra él con la mía y le atravesé el pecho, él abrió los brazos y se me abrazó, a mí, y su cara de cerca me miró, era una cara joven, muy joven.

Me ensangrentó toda la casaca, que la tuve así todo el mes, porque no había más.

Desde aquel día cada noche me vuelve la visión de él abriendo los brazos, sin decir una palabra, no consigo quitármelo de la cabeza,... yo... yo no lo consigo... se me echa encima... con la sangre, abriendo los brazos, ...siento... por todo el

cuerpo... un temblor... aquí...aquí no consigo quitármelo de la cabeza, entiéndeme tú al menos, que es demasiado tremendo continuar estando así, siempre con la muerte en la boca, ... no quiero más... no consigo quitármelo... que por eso me han mandado al área de los tontos, pero tú ven a por mí, enseguida, que esto está lleno de gente con la cabeza perdida... perdida...

¿Cómo, doctor? No, no lo consigo... las piernas... se mueven solas... no lo consigo...

Ya no tengo...

El soldado se queda delante, temblando con las muletas, con una mueca de dolor, mientras la luz baja lentamente y se extiende el coro verdiano del “Va pensiero”

Traducido por Beatriz Castellary

